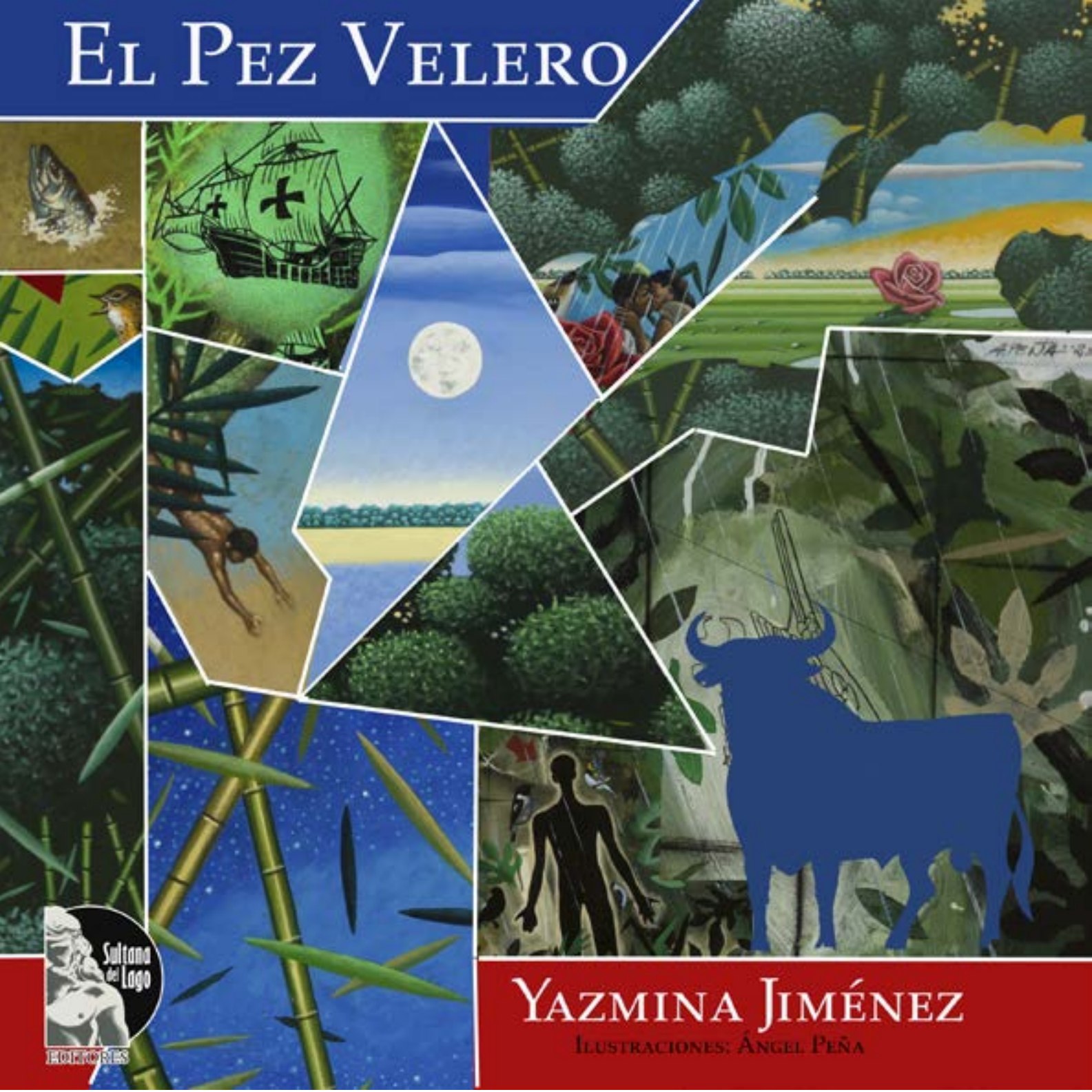


EL PEZ VELERO



YAZMINA JIMÉNEZ

ILUSTRACIONES: ÁNGEL PEÑA

EL PEZ VELERO

Yazmina Jimenez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2020.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798579055064
Depósito Legal: ZU2020000254

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

EL PEZ VELERO

de Yazmina Jiménez

A la memoria de
V́ctor “Chinito” Jiḿnez
el Retador del Lago

A mi hermano Carlos Eddy Jiḿnez
que se qued́ siendo niño

A la magia del Lago de Maracaibo.



Fabulario de Yasmina y el navegante que se hizo pez que al final fue delfín y terminó siendo un pez velero

Yasmina Jiménez es una mujer de teatro. Más de cinco décadas le acreditan una trayectoria vinculada al oficio teatral: actriz, dramaturga, guionista, docente, directora escénica, escritora de guiones para cine y televisión y apasionada promotora cultural.

9

Largos años afincada en en el ejercicio de las tablas y el escenario que ha cultivado con tesón y constancia desde aquella legendaria Escuela de Arte Escénico de la Universidad del Zulia en la década de los años sesenta, con la maestra Inés Laredo, hasta el año 1968, cuando egresesa de la Escuela. Inmediatamente continua sus estudios con el maestro Clemente Izaguirre, nuevo director de dicha escuela y del Teatro Universitario, hasta el año 1979. Yazmina formó parte de la planta de actores del Teatro Universitario.

Completó su formación en taller con los maestros Homero Montes, Rodolfo Santana, Armando Maldonado, César David Rincón, Amalia Baüer, Enrique Buenaventura (Colombia), Augusto Boal (Brasil), María Escudero (Argentina), José Monlión (España) y Clemente Izaguirre con quien hace no sólo ha hecho teatro sino gente de teatro como Ilya Izaguirre Jiménez y Jenny Lind Izaguirre Jiménez.

10 Con el mismo Clemente también hace títeres y funda conjuntamente con Maite Pascual el taller de Títeres La Petaca y con Norka Valladares el grupo de Títeres Tachón en el colegio universitario de Maracaibo; y en 1977 con Clemente Izaguirre, Norka Valladares, Miltón Ferrer, Jesús Pulido, Jesús Amaya, Nelson García y otros, bajo la producción de Carolina Ferreira, fundan el Teatro Independiente El Pequeño Teatro.

En 1984 con un grupo de estudiantes universitarios en compañía de José Alburgue, Fernando Acosta, Maritza González, María Jimenez y Jennnylind Izaguirre funda el teatro Mampara.

Pero la memoria guarda un íntimo reto de esta pasionaria del teatro con la escritura: rehacerse desde su más honda

expresión antes de ser presa codiciada del olvido,
“...desde niña fui una gran observadora, me gusta mirar a las personas a los ojos entonces, esa mirada me habla desde adentro, me dice cosas...Esos recuerdos se fueron incorporando a mi manera de concebir y de estar en el mundo y siempre tomé notas que luego convertía en guiones para teatro, para cine...las conversaciones con mi padre y mis parientes, con la gente en la calle, en las clases, en el montaje de las obras, se convirtieron en temas que me propuse teatralizar, llevar a la escritura!”

“Observadora desde los cuatro años. Ví a mi padre el Chinito Jiménez, como un héroe con su cuerpo lleno de ampollas, reluciente saliendo del agua como un verdadero delfín, las ampollas eran escamas y sus brazos las cuadernas del velero que emergía del agua, después de atravesar el lago a nado desde los Puertos de Altagracia hasta el Club de los Alemanes en el Milagro”

11

“...desde entonces viví del asombro, expectativa conjugada que ahora vierto en este texto que he nombrado El pez velero”.

El Pez Velero donde el padre wayuu establece una entrañable relación con el lago. Él le habla, le observa,

interroga. El lago le envía sus señales: el fragor de sus ondas, sus bajantes y llenantes, el ventalle de sus brisas alicias. Es su magma creador; su oleaje, el ciclo que observa cada tarde en sus ventosas riberas! Cuando niño es el encargado de arrear el ganado hasta el matadero donde Cachos el padrote de la manada, llega a ser ya viejo, la atadura que lo une a sus sueños de niño... lo ha conseguido ya mozalbe al torito envejecido y lo ha salvado de que el italiano dueño del matadero lo convierta en fiambre...La reminiscencia del aviador Frank Boland, convertido en Mister Bolas por los zulianos de su época; ¹² la presencia del arquitecto belga Hoet, su contertulio en la Plaza del Buen Maestro.

Convertido con los años en un impenitete enamorado, cantor de tangos por la radio, además de los teatros y bares de la ciudad y otras localidades del continente, hacen el periplo vital de aquel compañero del Lago hasta el encuentro con sueños afiebrados con el mismo pirata Henry Morgan quien reclama como suyos los tesoros, alhajas, joyas y cuanto candelabro de oro y plata han reunido de las iglesias y residencias de la ciudad puerto.

Conoce de sus ondas, de sus vientos y sus mareas.

Práctico de su oleaje, atraviesa a placer nadando boca arriba con una emblemática bandera patria atada a su pecho los kilómetros que distan de orilla a orilla.

Inquieto navega prestando el cayuco a Bartolo (una memorable crónica lacustre) para con Cachos hacer el recorrido por la costa lacustre pasando por la Guajira y el litoral de Paraguaipoa hasta atracar en algún amable y vigorizante puerto de la Guaira ya para la ocasión convertido en un pez velero, capaz de remontar sus sueños que son los nuestros convertido en un delfín, recuperado por las aves y vientos del lago.

13

Lectura necesaria y pertinente en tiempo de guerra no convencional y cruenta pandemia mundial!

Alexis Fernández, 2020

Parado frente al lago y
escudriñándolo en las horas
del alba, El Chino esperaba
que las ondas le anunciaran
el cambio de marea, y así
poder retarlo. Durante años,
el pequeño terraplén, le
permitía observar de cerca
todos los cambios que se
producían en el lago, en

especial cuando lo iba a
atravesar a nado, de un
extremo a otro. Al Chino,
le gustaba ir a la orilla a
finales de la avenida Bella
Vista, porque cuando era
niño jugaba en ese lugar,
aún antes que construyeran
la Plaza del Buen Maestro
que ahora se convertía en

testigo final de su vida en
el siglo XX y que otrora fue
sitio de esparcimiento de
los marabinos los fines de
semana. Por un instante
evocó el tiempo en que la
plaza era un bello paseo
alargado con balaustres
barrocos , hermosos árboles
y extensa grama verde y

alrededor sólo ciénagas
infectadas de mosquitos;
y que un tiempo en sus
orillas, disfrutó de las
proezas de Frank Boland,
aquel osado aviador que
aventuró por nuestras costas
en su planeador causando
gran revuelo en la pequeña
Maracaibo, y que no pudo

escapar del sabio humor
de los pobladores , cuándo
en uno de sus espectáculos
cayó al lago , como un pájaro
golpeado por una piedra
lanzada con una honda , y se¹⁹
ganó cariñosamente el apodo
de Míster Bolas, nombre
con que se le recordaría por
mucho tiempo.



Ahora a sus ochenta años,
los ojos del Chino, ya ciego
de tiempo, seguía intentando
descifrar los enigmas del
coloso. En ese mirar, vio
venir una sombra y alucinó.

21

—¡No puede ser que ese toro
haya regresao, un día de
estos, el italiano dueño del
matadero lo va a matar!

Una voz lo hizo reaccionar;
era un viejo pescador que
llegaba de alta mar.

—Chino, ¿Qué hacéis tan
temprano en la orilla?

Apenas son las cinco de la
mañana.

— Estoy esperando una
señal. Le respondió.

— Una señal ¿Pa' qué? mejor

te vais a tu casa, tratando de disuadirlo le ofreció de lo pescado.

— Traigo camarones, corvina y lisa, llevate lo que queráis, pero anda vete porque va a llover y te puede dar una neumonía.

El Chino sin mirarlo le respondió: — Vos si sois

necio, anda vete vos ¿Acaso
te estoy molestando?

El viejo pescador amarró
su canoa, desenredó su red,
recogió su pesca y se
marchó mordiendo sus
palabras.

El Chino hizo una mueca,
dio la espalda y caminó
hacia la plaza buscando

un banco para sentarse.
Iba perdiendo sus pisadas.
Volvió a dispersar el tiempo
y se vio en el pasado;
cuando era joven, apuesto,
alto y delgado, con piel
aceituna, nariz aguileña y
ojos guajiros, se vestía con
flux de gabardina, sombrero
de pajilla, zapatos blancos

y negros; aprovechaba las
tardes de visitas a la plaza
para piroppear a las damas
de cualquier edad.

—¡Buenas tardes criollita!

26

¡Vos si sois bella!, sois más
bella que diez metros de seda!

De saludo en saludo,
anunciaba sus travesías y sus
presentaciones en la radio...

cantando tangos; porque en la pequeña ciudad de puerto, la gente disfrutaba de los acontecimientos, en especial de las competencias lacustres y el Chino tenía una forma especial de hacerlo; nadaba de espalda y en el pecho se colocaba un pequeño madero cuadrado con un

asta y el tricolor patrio, el
cual sostenía con las manos
atadas, que lo hacía parecer
un velero.

— Si que serán mentirosos
en este pueblo, comentaban
los más jóvenes seguro
que ese cuento viene de los
jobiteros; ¡vaí pues, quién va
a creer que el Chino nada

siete kilómetros y medio! Lo cierto es que los ancianos, guardaban la memoria y ellos contaban que el Chino era un pez, que su madre lo parió un día que lavaba la ropa en la orilla del Lago y que las corrientes lo arrastraron al fondo, y que la gigantesca serpiente marina que cuida

la embocadura del lago,
intentó tragárselo, al igual
que se tragaba las monedas
petacones y piezas de a ocho
que le quitaba a los navíos,
30 que pasaban por las costas en
épocas remotas. Los pájaros
buchones picotearon a la
serpiente Madre de Agua y le
arrebataron al Chino.



— ¡El Chino es un pez, tiene
aletas escondidas, una cola
aplanada y respira como un
delfín!

— En el lago no hay delfines,
comentó un parroquiano.

— Sí hay, el Chino es un pez
delfín.

— ¡Vais a seguir...!
¡Serán toninas!, replicó un

parroquiano, que pasaba
por casualidad.

— ¡Vos sí sois metió!

— Lo que sea, pero un
pez es un pez. Cerró la
tertulia el anciano.

Recordó su encuentro
algunas veces con el
Ingeniero León Hoet,
constructor de esa plaza y

de la ciudad, quien venía
algunas tardes a tomar el
aire lacustre, ya que no
existían muchos lugares a
donde ir y allí el disfrute
era sencillo y placentero.
—Buenas tardes Chino...
saludo el Dr. León Hoet.
—¿Cómo esta doctor?,
¿Viene a ver cómo se

mantiene su hermosa plaza?

— Sé que está bien cuidada
por vos Chino; sólo he
venido a tomar el aire
fresco de la tarde y a ver el
crepúsculo del sol.

Cuando llegué de Bélgica a
este país con la Caribbean
and Company, supe que me
quedaría. Ahora soy feliz en

mi “Nido de Águila” que
mira desde arriba el mar,
comentó Hoet.

Hablaron largo rato, de
caminos transitables y de
una ciudad que taparía al
sol, al final de la tarde León
Hoet, se despidió, pero el
Chino lo detuvo un instante.
—¡Doctor Hoet; yo reto el

Lago todos los días y usted
construye bellos edificios, un
día esta ciudad se llamará
“Maracaibo Hoet”!

—¡Vos si sois amable Chino!
Es tarde, me voy porque sale
el último tranvía.

El Chino siguió revisando los
espacios y el tiempo vivido.

—¡Corre muchacho corre...!

Allá van otra vez las vacas al lago; ya no sé qué hacer con él; un día de estos me voy a cansar y lo voy a convertir en fiambre.

38

El Chino con apenas cinco años de edad, se lanzó al lago y nadó hasta un banco de tierra que se encontraba a doscientos metros; lugar

donde Cachos se quedaba mirando más allá del mar interior y más allá del otro mar. Mientras, las vacas permanecían en la orilla inmóviles.

39

El Chino pensó ¡Pobre torito colorado! Te escapáis de tu corral pero no sabéis a donde ir. Inmediatamente

se lanzaba al agua haciendo
piruetas y zambulléndose en
busca del toro, apareciendo
en diferentes lugares; lo
agarraba por el rabo y lo
arrastraba hasta la orilla,
siempre hablándole y
contándole historias que toro
parecía entender.
— ¡No te preocupéis, un día

de estos te voy a prestar el
cayuco de Bartolo para que
te vayais, él lo dejó amarrado
en la orilla y aún no ha
regresado; algunas noches
se oye una voz en medio del
lago, que grita... ¡Bartolo...
el cayucoooo! Hay que tener
cuidado porque dicen que
es un espanto, que sale en

las noches sin luna... Pero
tenéis que esperar que yo
crezca, porque aún no soy
un hombre grande y tengo
que ir a la escuelita. Así
transcurrieron los años; y
todos los días se repetía lo
mismo; Cachos regresaba
al matadero y detrás de
él las vacas. Ya mozalbete

el chino, llegó una noche,
sigiloso al matadero. Ya el
toro no era el mismo, había
envejecido, y el motivo por
el cual había permanecido en
ese lugar, era por ser un fino
semental y el italiano dueño
del matadero, lo tenía como
negocio, ya que los dueños
de los hatos traían sus vacas

jóvenes para ser preñadas;
sin embargo ya no le era útil
y si no lo había sacrificado
era porque le daba lástima.
Escondido, protegido por las
44 sombras, el Chino le susurró
al toro en el oído.

— ¡Ya tengo el cayuco de
Bartolo; esta noche te voy
a ayudar a escapar! Poné

atención, te vais por la orilla
de la costa hacia arriba,
siempre por los manglares
porque vos sois toro y
aunque sepáis nadar te
podéis ahogar; tene cuidado
con los tigres, que llegan
a beber agua en la orilla,
porque si te agarran no
te salváis. Lo montó en el

cayuco y con un mapa le fue
señalando el camino
—Siempre hacia arriba hasta
que paséis por la boca del
lago y te encontréis con el
golfo, pasáis por la guajira
para que la conozcáis,
por allí pasaron los
conquistadores españoles;
eso sí, no vais a Jepirra

ese es el lugar sagrado de los guajiros, allí están sus muertos.

—En el camino a lo mejor te vais a encontrar con Jokooche, él es un adivino tiene muchos años y su mirada, va más allá de la inmensidad, él anuncia la llegada de la lluvia y tiene

una cresta en la garganta
que crece cuando siente que
va a relampaguear; es un
sabio. Te ayudará; También
escuchareis música entre
las ramas de los cujies y los
captus, ese es Waneesatai
el músico que construye
y toca el Maasi; y Waiwai.
Waneesatai tiene un solo pie;

su melodía te hará soportar
la larga travesía. Llegáis a
la Península de Paraguaná
bajáis por toda la costa hasta
que te encontréis con la
Guaira que es también un
puerto, esas playas color
índigo son hermosas y las
olas son altas y encrespadas;
el mar se pierde en la

inmensidad, yo he ido a
nado, lo conozco.

— ¡Llegó el momento; anda
vete, la noche está clara, hay

luna y podéis navegar. No

50

temáis a las sombras, ni a los

cocuyos, porque ellos son
las almas de los muertos que

salen a pasear por la noche.

Me esperaréis en la Guaira, yo

después voy....!

Esa noche el Chino se quedó
dormido debajo del cocotero.

Y soñó que nadaba hasta la
embocadura del lago, y vio
venir una flota de navíos que
anclaban silenciosamente
en el medio de la barra.

Hombres desaliñados y
mal encarados; bajaban

deslizándose entre las
sogas a los botes; apenas si
susurraban porque estaban
ocupados luchando por
alejarse del mar embravecido
y entrar por ese pedazo
de mar cortado por un
canal de arenas blancas,
hasta la profunda laguna.
Esos hombres estaban

acostumbrados al pillaje, a la rapiña. Eran los piratas. El chino escuchó la voz de mando y reconoció a Henry Morgan uno de los piratas más crueles de la historia; sabía quién era porque conocía las historias del lago; pensó.



—Tengo que avisarle a los pobladores, sí logran atrapar algún criollito lo torturarán. Se devolvió a nado; llegando primero que los piratas, y avisó la llegada de los malvados hombres de mar. El chino gritaba por doquier. — ¡Huyan, huyan, son como quince

navíos y más de novecientos
hombres, los he contado
toditos. Todo el pueblo huyó
hacia los montes y por los
túneles que se encontraban
debajo de las casas e iglesias.
Protegiéndose de los piratas.
A las pocas horas apareció
Morgan con su tripulación,
armados todos.

Henry Morgan se atrincheró
en un lugar de nombre La
Laja; cerca del malecón.
Con el sable en la mano
y alucinando, gritaba:
— ¿Dónde estáis? Sois
hombre muerto, no te
escondáis; soy Henry
Morgan, Señor de los mares,
Noble de Gales, Caballero

Engalanado. Un día me
quitaron la libertad mía y a
nadie le importó mi congoja
cuando fui vendido como
esclavo en América y que a
fuerza de osadía y trabajo;
conseguí mi libertad tan
esperada. No son lisonjas las
que espero de vosotros sino
los tesoros que escondéis ¡ah!

encontrasteis a este cobarde
¿Dónde están los otros?
Cortaros la lengua después
que hable, le colocáis garfios
en la frente y le hacéis
un torniquete. Buscad
provisiones, llevaos las
cabras, las frutas y el cacao
y todo lo que encontréis.
De todas formas volveré.

Embarquemos para Gibraltar
a ellos los engañaremos,
fingiendo una retirada, a
cambio le daremos de regalo
el Brulote para que exploten.

60

¡Después desembarcaremos!

Lanza una carcajada que se
escucha en toda la costa.

Así lo hizo, quedándose
varias semanas, para luego

huir, engañando al capitán
español que se encontraba
defendiendo la entrada
de la laguna, en el fuerte de
San Carlos. Morgan,
le envió una misiva con uno
de los prisioneros y en
la cual desafiaba los
reyes de España.
—No me quedaré en esta

62 bahía. Sí el capitán Alfonso
del Campo y Espinoza ha
pensado atrapadme en estas
lejas tierras y hacedme morir
en la mazmorra convidado
por la Reina de España. Está
equivocado. Es Inglaterra
tierra mía que también
porfía, tener de estas tierras
dinero para sus guerras.

No moriré en esta laguna
alucinante llena de
serpientes, maleza; con este
sol que abrasa mi piel.

En Inglaterra me espera la
gloria y la fortuna.

Después de engañar a los
españoles se apoderó de la
nave de La Marquesa, y con
todos los tesoros se marchó

para nunca volver.

El Chino deliraba, cuando
su madre lo despertó. ¡Llegó

Morgan, hay que huir...!

gritaba. Su madre le dice:

—Sabía que estabas en la
playa, el viento frío de la
noche te ha enfermado.

—¡Los piratas madre...!

—¡Los piratas pasaron hace

más de trescientos años mijo!
Lo ayudó a levantarse y se
lo llevó a su casa. A partir
de ese día, la vida del Chino
cambió, no trabajó más
en el matadero y guardó
en su caja de recuerdos lo
sucedido. Decidió dedicarse
al canto y como Carlos
Gardel estaba de moda,

el tango fue su pasión. Su voz se escuchó más allá de los manglares, cosechando éxito y admiradoras; su vida ahora era arrastrada por las letras de los tangos “Me arrastré por este mundo”; “Milonga pa recordarte”; “Veras que todo es mentira”; sin embargo no dejaba de

nadar y cantar, lo hacía en el cabaret hasta el amanecer y en su hamaca en las horas de descanso. Algunas veces sus pulmones parecían reventarse como cigarra en tiempos de lluvia.

67

Y se fue por los países del trópico. Iba y venía mientras la ciudad crecía...



Una madrugada se escuchó
el grito aterrador de las
gárgolas, que caían entre
los escombros de las viejas
pero nuevas casas, surgiendo
nuevas construcciones que
taparon el sol.

Recordó al doctor Hoet.
Empezó a sentirse extraño
y tomó la manía de visitar

lugares inexistentes,
su salud empezó a
debilitarse y apareció
la bula en sus pulmones;
pero eso no impidió que
hiciera sus exhibiciones
durante los festejos de la
Virgen de Chiquinquirá
“La Chinita”

“Se fue el tiempo como el rocío, como el canto del alcabarán y la mirada de la lechuza”.

En las horas del alba
una mano tocó la mano
del Chino y le susurró
al oído sacándolo de sus
pensamientos.

—Papá, papá ¿Qué te pasa? .

—Nada hija, estaba
parado frente al lago
escudriñándolo; esperando
el cambio de la marea; siento
el ruido del mar que me
llama; cuando salga de este
hospital me voy a temperar
en la Guaira, allá me siento
bien y puedo nadar con

más fuerza, además estoy acordando que le prometí a Cachos ir. Veo sus ojos fijos, mirándome:

— ¿Cómo pude olvidarlo?

Sonrió y dijo:

— Tu madre me lanzó unas peinetas que le regalé; me las había dado una bailarina española que llegó al club

Casa Blanca ¡Era tan bella
esa bailarina! Tu madre
estaba celosa.

Trató de tomar el aire que se
le escapaba.

74

—Allá va el doctor Jesús
Enrique Lossada montado en
el tranvía, va con su madre
que teje soles.
Me sonríe.

—Detrás del Ávila está el mar, me gusta el ruido que hacen las olas contra las rocas y el coqueteo de los pájaros buchones a los visitantes.

Intentó tomar de nuevo el aire, y en un instante se fue... Un séquito de pájaros buchones entró

por la ventana del hospital
y levantaron al Chino,
llevándoselo por el aire y lo
lanzaron al lago. Se convirtió
en un delfín.

76

Esa noche llovía en la
Guaira, una espesa nube
negra tapó el azul del cielo,
el mar se oscureció y llovió,
llovió por días.

La montaña se abrió y dio
paso a los ríos y quebradas
que bajaron de la montaña,
arrasando rocas, árboles, casas.
Abajo estaba un pueblo en
agonía.

77

Las casas desaparecieron en
instantes, hombres, mujeres y
niños eran tapiados
por el lodo.

Dice la leyenda que de pronto se vio venir del cerro un delfín con un tricolor patrio y un toro en un cayuco que junto a unos perros salvaron la población.

78

Luego se fueron a la playa. Muchos días después; en la lejanía los pobladores divisaron un pez velero, un toro montado en un cayuco y

los pájaros buchones a su lado.
¡No saben aún a dónde fueron!

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 23 días del mes de noviembre de 2020, el mismo día del año 1939 en que nace el novelista zuliano Jorge García Tamayo.